

Dinamarca que el rey de Sajonia. Fiel á la Francia porque á ella le ligaban sus principios marítimos contra Inglaterra. Siempre habia obrado con perfecta lealtad, y obligado á abandonarnos despues de nuestras derrotas, lo ejecutó sin doblez alguna. Pero mal galardonado por su conducta honrosa en una época de violencia, se le habia despojado de la Noruega, para proporcionar á Bernadotte, además de una indemnizacion de la Finlandia, una popularidad que compensase lo que le faltaba con relacion al origen. Sin embargo, al despojar á Dinamarca, se le habia prometido la Pomerania sueca, abarcando la plaza de Stralsund con la isla de Rugen, insignificante vestigio del antiguo poder sueco sobre el continente germánico, y además se le habian dado esperanzas de que la indemnizacion tendria su complemento. A Viena habia acudido el monarca para pedir la realizacion de tal promesa, y aunque se portó con suma discrecion y gran decoro, y aunque usó de mucha templanza en la defensa de derechos incontrovertibles, y aunque se reconoció que la razon estaba plenamente de su parte, nadie se habia ocupado de su persona, y ni sus ministros fueron admitidos en el congreso. Nunca la célebre divisa de *Væ victis* fué de fijo más completamente justificada; y en los treinta y dos millones de súbditos quitados al imperio francés, no se supo hallar con qué restituir á este principe una particula de lo que se le habia arrebatado, por el bien general, segun se decia, pues se consideraba como bien general dar á Bernadotte la Noruega. Además ni, aun seguridad se tenia de que se pudiera proporcionar al rey de Dinamarca la miserable indemnizacion prometida de la Pomerania

sueca, porque Bernadotte se negaba á soltarla, bajo pretesto de que el empeño contraido por la coalicion de cederle la Noruega no se habia efectuado, pues se defendieron sus moradores.

Verosimilmente se consumara la iniquidad del todo, á no ser por el deseo que tenia Prusia de la Pomerania sueca. En efecto el territorio de Prusia, no formado por la naturaleza, compuesto sucesivamente por la ambicion de sus principes á trozos y retazos, á la sazón era objeto de una recomposicion general, y el momento estaba elegido á maravilla, porque tras de una corta resistencia á los prusianos, se habia ya vuelto á hacer su gusto, obrando de esta suerte Inglaterra por recuperar su antigua alianza, en provecho de los Países Bajos, Rusia por complacencia, Austria porque se la dejase tranquila en Italia. De consiguiente, la corte de Prusia andaba en pos de cambios para asegurarse del Rin al Niemen una continuidad de territorio. Así, como hemos dicho, cedió el Luxemburgo á la casa de Orange, con el fin de que ésta le abandonase sus propiedades hereditarias, y de que con estas propiedades lograse de la casa de Nassau algun territorio enclavado en Hesse. Por lo propio demandó una porcion del antiguo electorado de Maguncia, á fin de trocarlo con la casa de Hesse-Darmstadt por el ducado de Westfalia. Finalmente queria la Pomerania sueca para poseer más de plano las fuentes del Oder, y adquirir las orillas del Báltico desde el Mecklenborgo hasta Memel. En cambio ofrecia á Dinamarca el ducado de Lawenburgo, que le acababa de ceder el Hanóver, y que estaba contiguo al territorio del Holstein. Pero aqui no hallaba Dinamarca un equivalente de la Pome-

rania sueca, y menos el cumplimiento de la promesa empeñada solemnemente acerca de complementar la indemnización por la Noruega. Prusia ideó entonces suplirla con algunos millones de escudos, pues necesitaba del territorio á toda costa, aun pagándolo cuando no lo podía tomar á la fuerza. Desesperado el rey de Dinamarca de su causa, juzgando que valia más un territorio contiguo á sus estados de Holstein que un territorio lejano, como la Pomerania sueca, y además poco seguro, ya que Suecia se negaba á entregarlo, se resignó por último á las proposiciones de Prusia. Por las dotes de su soberano, por las cualidades de su pueblo, por su honrosa conducta, por su posición de custodia del Sund que la hacia más necesaria al equilibrio europeo, que otros, Dinamarca mereciera ser mejor tratada. Más pertenecía al partido de los vencidos, y si los vencidos cuando el vencedor era un solo hombre, como bajo Napoleon, tenían alguna probabilidad de conmovér su pecho generoso, no les quedaba la más remota cuando el vencedor se componia como al presente de un conjunto de potencias, ocupadas unicamente en sus intereses, anhelosas de recoger su parte de presa, y faltas de corazon y hasta de vergüenza, porque en un conjunto cada miembro descarga siempre sobre los demás aquellos actos que tendria por sí á sonrojo.

Finalmente, para completar Prusia su obra de combios, hasta hizo el sacrificio de reconocer á Baviera, que la habia ofendido cruelmente, los principados de Anspach y de Baireut, situados en Franconia, y antiguas propiedades prusianas, para obtener en trueque el gran ducado de Berg, que pertenecía á Baviera antes,

Merced á todos estos arreglos, se hallaba Prusia constituida lo mejor posible. Casi sin interrupcion se estendia desde las márgenes del Mosa hasta la del Niemen; algo se habia ensanchado hácia Sajonia, aunque no tanto como hubiera querido; se hallaba mejor enlazada, á consecuencia de la restitucion del gran ducado de Posen, entre las provincias de la Silesia y la Vieja Prusia; y especialmente era poseedora de las principales plazas fuertes sobre los rios que la cruzan en varias direcciones: junto al Vístula tenia á Thorn, Graudenz, Danzick; junto al Oder á Breslau, Glogau, Stettin; junto al Elba á Torgau, Wittenberg, Magdeburgo; junto al Rhin á Coblentza y Colonia. Solo se debia doler de hallarse á la orilla izquierda del Rhin, y no á causa de la vecindad de ningún modo, pues no constituye un motivo de hostilidad por fortuna, sino á causa de la desconfianza á que habia de dar margen la adquisicion de un territorio poseído veinte años por Francia. Justo es decir en elogio de su buen sentido que no lo habia deseado, y que prestóse á adquirirlo por complacer á Inglaterra, llevada de la mira de indisponerla con Francia durante el más largo tiempo que fuera posible. A trueque de poseer la Sajonia abandonará la izquierda del Rhin de buen grado, aunque hubiera de tocar á Francia la mejor parte.

Después de la reconstitucion de Prusia, después del restablecimiento de las dos casas de Hesse, después del injusto ajuste de cuentas con Dinamarca, los arreglos territoriales de Baviera venian á ser la obra importante del congreso. En París mismo se habia asentado su base. Por supuesto se dió á entender que Baviera restituiria la línea del

Inn, el Tirol, el Vorarlberg al Austria, y que esta le cedería el gran ducado de Wurzburg, ya vacante por la vuelta del archiduque Fernando á Toscana, el principado de Aschaffenburg tomado al príncipe primado, presidente caído de la Confederación del Rin, y finalmente la mayor parte del antiguo palatinado de este río, ya antes poseído por Baviera. Este era un nuevo cálculo de los aliados de Chaumont, quienes bajo pretexto de restablecer á cada uno en su sitio, aspiraban á poner á Baviera en desconfianza con Francia, á la manera que habian ya puesto á Prusia. Por lo demás, hallándose resueltas las cuestiones de la Polonia y de la Sajonia, que estuvieron á punto de provocar una nueva guerra, se habia introducido al parecer una facilidad general en todo, y bajo el arbitraje de Francia, aliada por el tratado de 2 de enero, de Austria y de Baviera, se encontraban en vísperas de entenderse estas dos córtes. No las dividia más que el antiguo obispado de Salzburgo, que debia ser repartido, por quedar adoptada como frontera la línea del Inn y del Salza. Baviera aspiraba á retener por lo ménos el prebostado de Berchtolsgraden, tan disputado en otros tiempos á causa de sus salinas. Por no tenerse que declarar Francia, las impulsaba á que se entendieran por sí solas, y ya estaban muy cerca de lograrlo.

De consiguiente habia conformidad sobre todo lo concerniente al Norte de Europa. Los principios de la nueva constitucion germánica tambien se habian ya fijado. Austria, que en todo lo suyo habia hecho pruebas de una rara cordura, se habia negado de lleno al restablecimiento de la antigua corona germánica, á pesar de haber disposicion á

admitirlo, así como habia rehusado las provincias belgas, que preferian su soberanía á la de Holanda, y que Inglaterra le cediera de buen grado, para que se hallase en contacto con Francia, según lo estaban ya Prusia y Baviera. Consintiendo Austria muy á gusto que los demás estuviesen comprometidos, y no cuidándose de estarlo personalmente, se habia negado á admitir las provincias belgas, ricas, hermosas, bien dispuestas, pero distantes y situadas muy cerca de Francia. Más le convenian las provincias venecianas y milanesas, ménos industriosas, bien que más fértiles y mejor situadas con relacion á la posición suya. Respecto de la corona germánica, habia sentido su peso, y no queria su dependencia, si al restablecerla se declaraba electiva. Y como Prusia no la podia admitir más que de este modo, con la esperanza de obtenerla algun día, Austria tuvo el buen seso de no querer una corona muy pesada, que no se obtenia á cada reinado sino halagando á los electores, y ménos ante la perspectiva amenazadora de verla pasar á Prusia. Mejor quiso ver abolida esta corona y transformada en lo que tenia más útil á todas luces, la presidencia perpétua de la Dieta germánica. Verdad es que se dejaba indecisa una cuestion de las más graves, y que debia ser una de las dificultades de lo porvenir, el mando militar de la Confederación. Pero por de pronto no se pensaba más que en establecerse á la sombra de la paz, ya que al parecer en cada época no se puede tener á la vez más que una idea.

Simplificada la Dieta antigua y bajo la presidencia perpétua del Austria fué pues generalmente preferida. En lugar de la division en muchas órde-

nes y del número infinito de votantes, se resolvió atemperarse á las indicaciones del tiempo, y concentrar el voto á la manera que se habia concentrado la soberanía. De consiguiente establecióse una asamblea ordinaria de diez y siete confederados, en la que no tendria cada uno de ellos mas que un voto, ya representase á Austria ó á Baden, ya á Prusia ó al Mecklenburgo, salvo siempre lo de reunir á los principes demasiado pequeños en grupos que tendrian un voto solo. De igual suerte se formó un grupo de las antiguas ciudades libres, actualmente reducidas á cuatro, y así tampoco debian tener más que un voto Francfort, Brema, Lubeck y Hamburgo. Aparte de esta asamblea ordinaria, cuya residencia debia de ser en Francfort perpétuamente, resolviendo los asuntos corrientes y determinando los casos de competencia, se acordó establecer otra, llamada general y compuesta de sesenta y nueve votantes, en la que debia cada cual tener un número de votos proporcionado á su importancia, siempre que se tratara de leyes fundamentales ó de grandes intereses del pacto federal.

Fuerza es reconocer que esta nueva representación de la Confederación germánica era más conforme á la abolición de las distinciones sociales, á la disminución del número de pequeños soberanos, y en suma, á la simplificación de la sociedad moderna. A más los confederados conservaban su independencia soberana; podian tener sus representantes cerca de los diversos estados de Europa, aunque no contraer alianzas contrarias al pacto federal ni á la seguridad de la Confederación, y para la defensa de estos grandes intereses estaban obli-

gados á suministrar un contingente calculado segun su fuerza respectiva.

Sanas ideas eran estas sin duda, salvo la aplicación que de ellas se hiciera segun los tiempos y las circunstancias, y se debian contar entre las mejores resoluciones del congreso. Por el mes de febrero se hallaban estas diversas estipulaciones redactadas por escrito, y casi acordadas, porque, al lado de las grandes cuestiones que estuvieron á punto de producir una conflagración general, se habia preparado á fuerza de trabajo continuo la solución de las cuestiones secundarias. Despues de consignar los resultados obtenidos en los tratados particulares entre las potencias interesadas de una manera mas directa, se tenia el proyecto de tomar de cada uno de ellos lo que fuera de un interés general y permanente, para componer un tratado general, que los ocho signatarios de la paz de Paris debian autorizar con su firma como árbitros y garantes, y que tambien debian firmar todos los demás estados representantes en Viena como partes interesadas y personalmente comprometidas. Este fué el publicado posteriormente con el título de *Acta final de Viena*.

Se emprendió el tal trabajo de redacción en febrero de 1815, pero no se podia terminar sino al cabo de algunas semanas. Entretanto se hacian esfuerzos para resolver las últimas cuestiones que aun presentaban alguna duda. Se contaba entre ellas la de Suiza. Mucho habia ocupado á la comisión especial que la tenia á cargo, y particularmente á las tres potencias que intervenian bajo mano en su desenlace, como Rusia, Austria y Francia. Por espíritu liberal no queria el emperador Alejandro que

de resultas de su aparición en Suiza se operara una contrarrevolucion extravagante; poco celosa Austria por las ideas liberales aspiraba á lo razonable prácticamente: Francia, cuya clientela estaba en Berna y en los pequeños cantones demócratas, solo queria una transaccion que no dañase á unos ni á otros. De este concurso de intenciones moderadas no podia ménos de resultar algo que mereciera la calificación de muy prudente y bastante conforme al espíritu del tiempo. Ya se ha visto que las tres principales potencias se habian opuesto á que se redujera á los nuevos cantones á su antiguo estado de vasallaje, sentando como principio el mantenimiento de los diez y nueve cantones constituidos por el acta de mediacion. Francia, cuyo socorro invocaban los berneses y las gentes de Lucerna, Uri, Schwitz, Unterwalden, contra este principio, se hallaba afortunadamente representada por un espíritu ilustrado, por el duque de Dalberg, que logró persuadirles de que solo el tal principio era admisible, pues no habia manera hábil de volver á los cantones de Vaud, de Argovia, de Saint-Gall, etc., á su antiguo estado, sin una guerra civil odiosa y que no soportaria Europa. Admitiése pues definitivamente el principio de los diez y nueve cantones. Sin embargo, tan extenso habia sido antes y tan rico el canton de Berna, y tan escasamente lo era ahora, que indemnizarle parecia en cierto modo justo y prudente. La Francia imperial, cuyos despojos servian á la sazón para poner de acuerdo á todo el mundo, habia dejado vacantes algunos territorios acá del Jura, y eran el Porentruy y el antiguo obispado de Basilea. Aqui se halló una compensacion, ofrecida presurosamente á

Berna y que aceptó al cabo. Además se decidió que los nuevos cantones pagaran una indemnizacion pecuniaria á los antiguos, que habian empobrecido al separarse de ellos. Teniendo á fortuna salvar su existencia á esta costa, los nuevos cantones se avinieron al pago, y así quedaron allanadas todas las dificultades relativas á los intereses de existencia y de territorio. Tambien se exigió que en el pacto federal quedasen proclamados y consagrados los principios de igualdad civil así entre los cantones como entre la clase de ciudadanos. Finalmente aun se donaron á Suiza algunas joyas desprendidas de la corona de Francia, y se estipuló que, añadidos á los diez y nueve cantones, formaran tres más Neuchâtel, dotacion del principe Berthier, Ginebra, vuelta recientemente al estado de ciudad libre, y el Valais, territorio en suspenso entre Francia é Italia.

Se conservó la idea sacada del acta de mediacion y consistente en hacer pasar el gobierno federal alternativamente de uno á otro de los principales cantones; solo que Alejandro, á instigacion de Mr. de Laharpe, queria excluir á Berna. Mas lo resistieron Francia por razon de clientela y de justicia, Austria por aficion al partido aristocrático, y Berna, Zurich y Lucerna quedaron señalados como los tres cantones, á quienes debia pasar alternativamente el gobierno de la Confederacion suiza.

De consiguiente casi se renovaba el acta de mediacion con algunas reparaciones bastante equitativas á los antiguos interesados y con un aumento de tres cantones segregados de Francia. Comunicadas estas resoluciones á Suiza, revestidas luego con el asentimiento de todos los cantones, debian

recibir la sancion de Europa, con la ordinaria garantía de la neutralidad perpétua. Aún quedaba Italia, respecto de la cual habia que zanjar dos cuestiones de trascendencia summa, la de Parma y la de Nápoles, de continuo aplazadas con la esperanza de que trajera la solucion el tiempo. Segun hemos dicho, se habian resuelto las cuestiones concernientes á Cerdeña con la incorporacion de Génova al Piemonte, y con asegurar á la rama de Cárignan el derecho de sucesion al trono. Lo que es Austria á nadie habia abandonado el desvelo de resolver las suyas, y despues de apropiarse hasta el Tesino y el Po la Lombardia, inmediatamente puso á las ramas colaterales de la familia imperial en posesion de los ducados de Toscana y de Módena. Asi no habia ya que entenderse mas que acerca de Parma y de Nápoles, paises reclamados por las dos casas borbónicas para la reina de Etruria y para Fernando IV. Mr. de Talleyrand, tan vehemente respecto de Murat á los principios, de tal modo se habia dejado absorber por la cuestion de la Sajonia, que ya casi no habia hablado á Mr. de Metternich de Italia, y que ni siquiera exigió la promesa de votar con Francia en la cuestion de Nápoles como premio del socorro prestado para el arreglo de los asuntos del Norte. Se habia contentado con una reserva de poca importancia, á saber: que todos los votos emitidos sobre los asuntos italianos serían provisionales, hasta que se llegase á un acuerdo acerca del trono de las Dos Sicilias. No era la precaucion de gran provecho, pues los únicos puntos sobre los cuales se habia decidido algo se referian á Cerdeña, y nos interesaba más que á potencia alguna hacerlos de-

finitivos. Asi Mr. de Talleyrand dependia á última hora de la voluntad del congreso, y á la vista de la impaciencia de partir que se habia hecho general, de temer era que lo realizasen todos sin resolver nada, de cuyo modo se salvara Murat, que estando en posesion de su estado, solo necesitaba del silencio para ganar su causa. Sin embargo, Luis XVIII no cesaba de estimular á su plenipotenciario sobre este punto, que le tocaba mas al alma que el de Sajonia. Este soberano, cuyas miras en materia de política exterior eran poco extensas, aunque sensatas, de ningun modo deseaba que su legacion representara un papel muy activo en Viena. Orgullosa, como hemos dicho, con su calidad de Borbon, feliz al verse reintegrado en el trono de Francia, se consideraba suficientemente grande si lograba conservarlo, y solo queria que se le libertase de Murat, á quien miraba como secreto cómplice de Napoleon, como pronto á facilitar á éste los medios de volverse á presentar en escena, ora por Francia, ora por Italia, y hay que reconocer que esta manera de ver revelaba en su espíritu mas prevision que la acreditada por Mr. de Talleyrand al concentrar su ardor todo en la cuestion de Sajonia. Más, ya zanjada esta cuestion y aguijoneado por Luis XVIII, del nuevo tornó Mr. de Talleyrand á hablar de Italia á todos los miembros del congreso; más estaba desarmado por no haber tomado contra Austria é Inglaterra sus precauciones. Nada mejor que haber dado tiempo á Mr. de Metternich para la cuestion de Nápoles, pues lo exigia si habia de ser bien y fácilmente resuelta; pero aliarse gratuitamente á Inglaterra y Austria, por el solo placer de firmar un

tratado, sin estipular nada respecto de Murat, á la verdad era una manera de proceder que le podia costar muy cara, y que estuvo á pique de costarle efectivamente. Al hablar de este asunto halló al emperador de Rusia como quien estaba exento de toda obligacion respecto de Francia; á lord Castle-reagh como un aliado deseoso de darle gusto, si bien falto de ardimiento en las cuestiones de legitimidad, y además embarazadísimo de resultas de los empeños que respecto de Murat se habian contraído; á Mr. de Metternich como un diplomático astuto que, tras de servirse á maravilla de Francia, no se cuidaba de mostrar agradecimiento, y siempre temeroso de atizar el fuego en Italia. Por fortuna de Mr. de Talleyrand acababa de llegar el duque de Wellington á Viena, y le llevaba una preciosa ayuda. Luis XVIII, que en Inglaterra se habia aficionado á los ingleses y adquirido el arte de vivir con ellos, muy hábilmente supo halagar al generalísimo británico y granjearse su afecto en sumo grado. Así lord Wellington prestó en Viena verdaderos servicios á Luis XVIII con la manera de hablar de su persona y de su gobierno. «Muchas faltas se cometen en París, decia, pero el rey, más prudente que su familia, es generalmente estimado. El ejército más temible que nunca: peligroso para empleado dentro, fuera se mostraria fiel y formidable. Ya la hacienda se halla restablecida y aun floreciente. Lo que falta es gobierno: hay algunos ministros, mas no ministerio. Sin embargo, esto es remediabile. De todos modos, Francia es entre todas las potencias de Europa la que está mejor preparada para la guerra, y si de nuevo estallaran las hostilidades se hallaria menos embarazada que todos

nosotros. Así hay que contar y que contar mucho con ella.» Tales palabras nos fueron de más fruto que todos los movimientos que agitaban á la legacion francesa, y dichas y repetidas en los momentos en que tuvieron que decidirse los rusos y los prusianos ejercieron singular influencia.

Con relacion á Nápoles abundaba lord Wellington en las mismas ideas que Mr. de Talleyrand. No pensaba así por respeto al principio de la legitimidad, pues según escribia el plenipotenciario francés muy ingeniosamente á Luis XVIII, sobre este punto los ingleses habian formado sus ideas morales en la India; pero consideraciones prácticas le hacian fuerza. Perfectamente habia comprendido que, reinando los Borbones en París, en Madrid, en Palermo, muy pronto se haria imposible la paz con Murat, dejado solo en Nápoles; y que antes de seis meses se veria alterada Europa; que para Napoleon esta seria una coyuntura de volver á salir á escena, y que seria muy imprudente la separacion del congreso, antes de precaver tamaño peligro. Esta opinion manifestóla al emperador Alejandro, al rey de Prusia, al emperador Francisco, y más particularmente á Mr. de Metternich, el ménos dispuesto á obrar de todos. Verdad es que á estas observaciones muy justas se oponia otra de no menor peso, resultante de la dificultad de la ejecucion, pues exigiria que se hiciese la guerra en Italia, no dudando que toda esta comarca arderia de un cabo á otro. Mr. de Talleyrand contestaba que Francia y España tomarian sobre sí todos los peligros de la empresa; que, mediante una simple declaracion limitada á decir que las potencias congregadas en Viena no reconocian más

rey de las Dos Sicilias que Fernando IV, del resto se encargaría Francia. A esto se reponía con alegar ante todo los empeños contraídos, y manifestando luego alguna incredulidad acerca de los medios de ejecución, y no porque se creyera difícil que Francia venciera al ejército napolitano, sino porque se dudaba mucho de que encontrándose el ejército francés con Murat y quizá con Napoleón, permaneciera fiel á los Borbones. Por Murat nadie se interesaba en Viena, antes bien se deseaba su caída; pero teniendo á fortuna cada cual haberse aliviado del peso de los asuntos de Sajonia y de Polonia, y más á fortuna lo de tener cada cual lo deseado, todos hacían sus preparativos de marcha, no dando apenas oídos á lo que se les decía acerca del asunto de Nápoles, salvo que el último día emitirían un dictamen conforme á lo que acordasen entre sí el Austria y la Francia. Sin embargo, en medio de esta indiferencia general, vino en ayuda de Mr. de Talleyrand una incidental circunstancia. Lord Castlereagh le necesitaba para una cuestión, la de la trata de negros, que tocaba á la nación inglesa muy en el alma, y no más que medianamente á los diversos gabinetes europeos, teniendo de comun con el asunto de Nápoles que á nadie ocupaba más que por gusto ajeno. Lord Castlereagh, que volvía á Inglaterra con la paz, con la tan deseada humillación de Francia, con la creación del reino de los Países Bajos, con la posesión definitiva de Malta, del Cabo de Buena Esperanza, de la isla de Francia, y tantos otros magníficos presentes, así y todo tenía necesidad de llevar á su nación algo más con la satisfacción de un voto popular, nobilísimo sin duda, porque se trataba de

la abolición de la esclavitud, si bien tenía del voto popular la irreflexión y la impaciencia. Excitados los ingleses por numerosas y frecuentes predicaciones, se habían declarado con verdadera pasión por la emancipación de los negros, y esta pasión era sincera, más nos será lícito decir que al mérito de la sinceridad no juntaba el del desinterés. Si la emancipación de los negros hubiera debido trastornar la India, quizá los ingleses mostrarán menos prisa en este punto; pero como no debía trastornar más que la América, se podían entregar á su logro con toda la vivacidad de su convencimiento sin que padeciesen de resultas. Así, deseaban con ardor la abolición de la trata, y notando Luis XVIII la pasión que les animaba en tal materia, muy finamente insinuó á Mr. de Talleyrand que hiciera arma de esta cuestión y la usara sin escrúpulo alguno.

Ahora bien, como las potencias continentales no tenían interés ni opinión en este asunto; como solamente las potencias marítimas tenían dictamen y autoridad sobre la materia, y de estas últimas que eran Francia, España y Portugal, no más que Francia figuraba como de gran peso, Mr. de Talleyrand podía mucho, y había prometido á lord Castlereagh todo su apoyo en cambio del que recibiera en el asunto de Nápoles. Así estas dos cuestiones reservadas para lo último habían venido á ser un puro negocio de condescendencia por parte del congreso para con los gabinetes que se interesaban en ellas.

Lord Castlereagh reclamaba desde luego la abolición inmediata y absoluta de la trata en las costas de Africa, y no se paraba en esto, pues quería que



todas las potencias marítimas tuviesen el derecho de vigilancia unas sobre otras, es decir el derecho de visita, para asegurarse de que ninguna de ellas hacia el comercio de esclavos, y finalmente pedía que se desecharan los géneros coloniales de las naciones que no entraran en esta línea de humanidad. A mucho subía la exigencia, porque, acordado así el derecho de visita, por nadie iba á ser practicado más que por Inglaterra, única activa en la persecucion de los tratantes. Al principio no terciaron en la negociacion más que las potencias marítimas, más conociéndose aislado lord Castlereagh en medio de ellas, obtuvo que las potencias continentales tomaran parte en las conferencias, y de esta suerte encontró algun apoyo. Se esforzaba por demostrar á Francia, España y Portugal, que les perjudicaba la trata; que era peligroso tener en las colonias muchos negros contra pocos blancos, y que valia más atenerse á los negros que ya se poseian por entonces, y á los hijos que nacieran de ellos cuando se les cuidara de una manera conveniente. Se le respondió que podía tener razon, pero que en las colonias españolas y portuguesas se hallaban en número casi igual los negros y los blancos, á la par que en las colonias inglesas habia por cada blanco veinte negros, y que así los ingleses debian guardar el consejo para su uso; que por otra parte, durante la guerra marítima, habian tomado sus precauciones y llenado sus colonias de esclavos, lo cual no habian podido efectuar los españoles, ni los franceses, ni los portugueses; que por consiguiente necesitaban algunos años para proporcionarse brazos, y que solo entonces se hallarian en disposicion de abolir la trata. Despues

de numerosos parlamentos, Francia se habia contentado para sí con el término de cinco años, y coadyuvó mucho para que España y Portugal se conformasen con el de ocho, el cabo de los cuales seria abolida la trata.

Más hubiera deseado lord Castlereagh, pero no se le daba oídos. Por lo que hace al derecho reciproco de visita, esta pretension enunciada por vez primera, sorprendió é indispuso los ánimos de todos. Se habia sustentado el principio de que en tiempo de paz cada nacion tenia exclusivamente la policia de su pabellon. Respecto de una medida comercial represiva contra aquella de las naciones marítimas que no entrara en el sistema de Inglaterra, se eludió la dificultad con remitirla para la época en que siendo abolida la trata universalmente, se debiera añadir á esta abolicion una sancion penal. Para satisfacer á lord Castlereagh, que deseaba tener algo muy especioso que presentar al parlamento británico, se consintió en que á nombre de todas las potencias congregadas en Viena se hiciera una declaracion dirigida á todos los pueblos, condenando moralmente la trata, calificándola de atentado contra la civilizacion y la humanidad, y expresando el deseo de su abolicion más inmediata. Reforzados los aliados de Chaumont por el representante de la Restauracion en Francia, redactaron una declaracion, verdadera sin duda, aunque por el estilo á lo ménos corria parejas con los documentos más declamatorios emanados de la Asamblea constituyente. Mrs. de Nesselrode, de Metternich, de Talleyrand, habian sostenido á lord Castlereagh en esto, y usado un lenguaje de que se sonreian á solas, porque su manera de repartirse los pueblos de

Europa, sobradamente demostraba el grado de calor que podrian tomar en la libertad de los negros.

Hacia estos últimos días, en que despues de aplicarse ámpliamente el congreso á la parte de los intereses, deseaba conceder algo á las ideas morales, se adoptaron excelentes máximas respecto de la libertad de la navegacion por los grandes rios del mundo. Efectivamente decidióse que el curso de los rios sería libre; que, á rbitros los ribereños de no admitir tales ó cuales mercancías, no podrian vedar su paso cuando fuesen destinadas á otros; que tampoco podrian percibir más derechos que de tonelada, independientes de la especie y del valor de las mercancías transportadas, derechos aplicados únicamente al entretenimiento de la navegacion; y por fin, que mediante estos derechos estarían obligados á mantener siempre en buen estado los caminos de arrastre. Estos nobles principios, dictados por la justicia y el buen sentido, y proclamados esta vez con sinceridad perfecta, honrarán por siempre al congreso de Viena, y con la neutralidad de la Suiza y la condenacion de la esclavitud son la única parte de su obra que definitivamente ha ocupado un lugar en el derecho público de las naciones.

Todo habia acabado por consiguiente en Viena, excepto la redaccion y los asuntos de Parma y de Nápoles, que habian quedado en suspenso, y monsieur de Talleyrand no pudo obtener de lord Castlereagh, á quien tanto habia auxiliado para el logro de sus deseos relativos al asunto de los negros, más que la promesa de empeñar al gabinete británico en la cuestion de Nápoles el dia mismo de su

llegada á Londres. Acerca de la cuestion de dejar á Napoleón en la isla de Elba, ó de trasladarle á las Azores, se evitaron las explicaciones categóricas ante el tratado de 11 de abril, en el cual juzgaba comprometido su honor el emperador Alejandro, y se consideró enlazada esta cuestion á la de Murat. «El dia en que se resuelva la una, se dijo, fuerza será tambien resolver la otra, pero es difícil lo de pronunciarse inmediatamente.» Hasta se insistió en que se pagasen á Napoleón los dos millones, que por el tratado de 11 de abril se habian estipulado; y se dijo á Mr. de Talleyrand que en la negativa á satisfacerlos habia algo de mezquino, y aun imprudente, pues era suministrar á Napoleón un pretexto legítimo para considerarse libre de todos sus compromisos respecto de Europa.

Asi iban á separarse, quedando sin resolucion los últimos asuntos que interesaban á los Borbones. Lord Castlereagh debia partir el 15 de febrero, y el emperador Alejandro despues de muchas dilaciones el 20, cuando Murat, con la oportunidad que ha caracterizado la mayor parte de los actos de su vida, vino en ayuda de los que deseaban destruirle y no sabian cómo. Su ministro en el congreso era el duque de Campo-Chiaro, á quien no se habia admitido por la misma razon que indujo á apartar á los representantes de Sajonia, de Dinamarca y de Génova. Bastante bien enterado este representante, le habia tenido al corriente de los esfuerzos de las dos casas borbónicas en su contra y de la probabilidad de un próximo escándalo con motivo del asunto de Sajonia. Creyendo el pobre Murat favorable la coyuntura, le ocurrió despachar al duque de Campo Chiaro una nota, en la que

tras de exponer cuanto se hacia en su contra en el congreso, pedía una formal explicacion, á fin de saber si estaba en paz ó en guerra con las dos casas de los Borbones, y significaba que en el caso en que se viera obligado á defenderse, necesitaria hacer transito por el territorio de muchos estados italianos. Murat se habia honjeado de que, llegando esta nota en el momento de una ruptura entre las grandes potencias, le suministraria á la vez la ocasion y el derecho de obrar en contra de los que miraban de mal ojo su trono. Asi el pronóstico de Mr. de Talleyrand estaba realizado, sin haberse necesitado más que aguardar para tener un pretexto especioso de declararse libres de todo empeño contraido respecto de este infortunado. Por lo demás las cartas cogidas á lord Oxford, de cuyo arresto hemos hablado, y otros papeles interceptados probaban de sobra que Murat tenia mano en todos los disturbios que se preparaban en Italia. De consiguiente existian poderosas razones que hacer valer ante los que aun vacilaran en tenerse por libres de todo compromiso.

Cuando el duque de Campo Chiaro recibió la nota citada, comprendió su inoportunidad al golpe, porque ya estaban definitivamente arreglados asi el asunto de Sajonia como cuantos habian puestas en peligro la buena inteligencia de los gabinetes. Se fué á ver á Mr. de Metternich, y le dió conocimiento de la nota, que acababa de llegar á sus manos, si bien rogándole que la considerara como no existente, porque tomaba sobre sí la responsabilidad de suprimirla. No por esto dejó Mr. de Metternich de transmitir la noticia á lord Castlereagh y al duque de Wellington, quienes la comunica-

ron á Mr. de Talleyrand, el cual se la contó á todo el mundo. Destinado el documento á personas que tenian necesidad de proponerse agravios, hizo tanto efecto cual si se comunicara oficialmente, porque nunca se comueve uno tanto como cuando tal es su gusto. Mr. de Metternich concertóse con Mr. de Talleyrand y el duque de Wellington, y despues de quedar acordes, convinieron en que, exenta ya Austria de toda zozobra á la parte de la Sajonia y la Polonia, juntaria sobre el Po ciento cincuenta mil hombres, anunciando por medio de un manifiesto público que estas precauciones tenian por objeto hacer respetar su territorio y el de los principes de la casa de Austria establecidos en Italia. Con términos apenas encubiertos esto equivalia á declarar la guerra á Murat y á proporcionar á lord Castlereagh la ocasion de descorrer ante el parlamento británico todos los velos que aun cubrian este negocio. A Francia le quedaba el cuidado de descargar el último golpe. Mr. de Talleyrand se tuvo por satisfecho con una medida, que á sus ojos era casi la solucion que tanto habia deseado, y que estuvo á punto de escapársele, como se ha visto.

Al propio tiempo se terminó la cuestion de Parma, despues de pasar por numerosas vicisitudes. Por virtud de las vivas instancias de Francia y España, habia reconocido la comision encargada de los asuntos de Italia, que, en medio de la restauracion general de todos los antiguos principes, era difícil negar el restablecimiento de la casa de Parma. Pero habia el tropiezo del tratado de 11 de abril, constantemente defendido por el emperador Alejandro, y además el de los miramientos debidos al

padre de María Luisa. No se sabía como salir de estos embarazos. Por un momento se ideó salir de la dificultad á expensas del papa, dando á María Luisa una de las tres Legaciones, que volvería á la Santa Sede al fallecimiento de esta princesa. Pero al punto hubo necesidad de prestar oídos al representante de la Santa Sede, que hacia valer con razon el derecho del papa á las Legaciones, derecho igual al de todos los soberanos actualmente restablecidos en sus estados, y la necesidad que su hacienda tenia de estas provincias, las más ricas de cuantas formaban el dominio de la Iglesia. Nada había que contestar al representante de la Santa Sede, y entonces Mr. de Metternich imaginó otro medio, consistente en restituir á la reina de Etruria el ducado de Parma, y en dar á María Luisa el territorio de Luca, lo cual la situaria más cerca del mar y de la isla de Elba, con aditamento de una pensión que pagarían por mitad Austria y Francia. A la muerte de María Luisa, en vez de pasar Luca al hijo de Napoleon, volvería á pertenecer á Toscana, y así se daría una satisfacción á Francia, muy ofuscada al ver restablecido al hijo de Napoleon sobre uno de los tronos de Italia. Sin embargo, al dejar pasar la corte de Viena á manos no austriacas el ducado de Parma, cuidaba de estipular que conservaría á Placencia, á causa del puente sobre el Po.

Esta transaccion juzgada aceptable por Francia y España, no se habia propuesto aún á María Luisa. Se encargó á Mr. de Metternich este cuidado. Vió á esta princesa, le habló en nombre de las potencias y del emperador su padre, y se esforzó por hacerla comprender las dificultades de este asunto.

Pero con gran sorpresa suya fué muy mal recibido. Aunque débil María Luisa habitualmente, defendió con tenacidad en el ducado de Parma el patrimonio de su hijo y la viudedad propia. El conde de Neiperg, que la aconsejaba hábilmente, le inspiró la idea de dirigirse al emperador Alejandro y al emperador Francisco, de estrecharles á uno y á otro con la energía de su resistencia, afirmándola que obrando de esta suerte, triunfaría al cabo. Siguiendo este consejo enterneció á su padre, picó el honor de Alejandro, cobró brios al notar que era escuchada, y cuando la volvió á ver Mr. de Metternich, se negó rotundamente á la oferta, y hasta dió una razon que asombró al ministro, y que por parte de ella y en interés de su honor mismo era mas bien para callada; la razon se redujo á decir que más bien la retraía que la atraía la proximidad á la isla de Elba, de que disfrutaria en Luca, resuelta como estaba terminantemente á no volverse á unir á su esposo. Evidentemente ya habia buscado en otros lazos la felicidad privada, que prefería á la gloria, á la grandeza, y hasta á su mismo decoro.

Fuerza fué ir á declarar ante la comision de los asuntos de Italia que el arreglo propuesto se habia hecho imposible, á causa de la resistencia de María Luisa. Ya no se sabía como salir de tal apuro, cuando de pronto Mr. de Metternich pidió á Mr. de Talleyrand un respiro de algunos dias, prometiéndole que dentro de poco le llevaría la solución de la última dificultad, de modo que Mr. de Talleyrand la pudiera tener sabida antes de que se marchara de Viena. Estando ya casi terminado el asunto de Nápoles de mucha mayor importancia, Mr. de Talleyrand creyó poder esperar en cuanto

al de Parma, y esperó efectivamente. Véase la solución hallada por Mr. de Metternich y de la que hizo misterio á Mr. de Talleyrand por de pronto.

Lord Castlereagh marchaba á Londres, é iba á cruzar por París. Debiendo ver á Luis XVIII, y gozando de grande crédito con este príncipe en su calidad de jefe del gabinete británico, se esperaba que le decidiría en favor de la combinación imaginada, lo cual no se podía esperar de Mr. de Talleyrand, que juzgando completamente dinástico el asunto de Parma, dedicaba un interés casi personal á hacer que se resolviera en el sentido de la casa de los Borbones. Como los dos gabinetes de Londres y de Viena, se hallaban más unidos que nunca, lord Castlereagh se encargó de prestar este servicio á la corte de Austria, y de pedir á Luis XVIII, en nombre del emperador Francisco, en nombre de los sacrificios de familia que este monarca se había ya impuesto, la cesion de Parma á María Luisa durante su vida. Entretanto la reina de Etruria tendria á Luca, y además pensiones. A la muerte de María Luisa el ducado de Parma volvería á la reina de Etruria ó á su prole y Luca á Toscana.

Este arreglo, muy aceptable sin duda, propuesto directamente por el primer secretario de S. M. británica á Luis XVIII; y en nombre de las dos cortes que tenían la solución del asunto de Napoles en la mano, tenia todas las probabilidades de ser admitido. Tal era el motivo del secreto guardado respecto de Mr. de Talleyrand y del respiro de algunos dias que se le había pedido.

En el momento de partir de Viena quiso Alejandro saber á que atenerse acerca de una cuestión

de familia que le llegaba muy al alma, y era el matrimonio de la gran duquesa Ana, hermana suya, con el duque de Berry. Segun hemos dicho, el hábil conde Pozzo habia mirado este matrimonio como igualmente útil á Francia, que así ganaria una alianza poderosa, y á Rusia, que formaria así un matrimonio superior bajo el aspecto del nacimiento á cuantos habia contraído hasta entonces. Poco sensible Alejandro á esta última consideracion, tuviera á fortuna enlazar la política de ambos países, y sin duda, de aceptar propiciamente este enlace y de ponerse al lado de Rusia y de Prusia en la cuestión sajo-polaca, muy pocas ventajas se hubiesen rehusado á Francia. Su madre, princesa respetable, con todas las opiniones de una emigrada francesa, atribuía gran precio á este matrimonio, que lisongeaba singularmente su orgullo. Menos solícita la Francia, no obstante obrara como las familias nobles, que consienten en descender de categoría por contraer alianzas ventajosas, más la detenia la religion, y, segun hemos dicho, reclamaba que la conversion de la princesa se efectuase antes de que llegase á Francia. Temeroso Alejandro de que apareciese que compraba esta alianza al precio de una apostasía, se fijaba en que la princesa saliera griega de Rusia, salvo que luego mudara de religion donde más fuese de su gusto. Razones mezquinas eran estas de una parte y de otra ante los políticos intereses que aconsejaban el tal enlace. Más la cuestión habia perdido en Viena mucha importancia, desde que Mr. de Talleyrand se indispuso con Alejandro. Sin embargo, todavía no era imposible el matrimonio, y antes del término del congreso, Luis XVIII recomendó á su ministro

que le desembarazase de las solicitudes de Rusia, si definitivamente entendia que deberian ser desechadas, ó discurriese el medio mas oportuno de librarse de ellas.

Convencido Mr. de Talleyrand de que por su tratado de 3 de enero habia dado á Francia los mejores y mas sólidos aliados, interesado además en presentar como poco apetecible una alianza, á la cual habia creado tantos obstáculos, escribió á Luis XVI I una carta motivada con amplitud suma y perfectamente característica de la política de entonces.—A su decir, si la corte de Francia en los primeros dias de la restauracion, débil todavia, acaso pudiera dar algun precio á la union íntima con Rusia, ya nose hallaba en este caso. Ya tenia las mejores y mas fuertes alianzas, y habia tornado á ser centro de la política europea. A otros incumbia solicitar su apoyo, pues ella estaba dispensada de ir en solicitud de ninguno. De la alianza de Rusia no tenia gran necesidad en este momento. Alejandro era un principe inconsiderado, inbuído en locas opiniones, con quien todo concierto se hacia imposible. Además bajo el aspecto del nacimiento la familia reinante de Rusia era muy inferior á la de los Borbones, para enlazarse con ella sin cierto desdoro. Mas digna seria la casa de Austria de unirse á los Borbones, pero los matrimonios contraidos con ella habian sido desgraciados para ambos paises, y sin vacilacion alguna aconsejaba que dentro de la misma familia borbónica se buscase princesa.—

Al recibir Luis XVIII esta carta fué de dictámen de que Mr. de Talleyrand pensaba muy bien sobre tales asuntos, de que evaluaba sanamente las

categorías de las testas coronadas, y de que habia que seguir su consejo. Así renunció á la union rusa, dejando á Mr. de Talleyrand el cuidado de eximirle con el tacto que este gran negociador acreditaba en todo.

Mr. de Talleyrand se habia aplicado á evitar toda explicacion sobre el matrimonio proyectado, mientras quedaba algo que hacer en Viena. Mas ya en visperas de la general separacion, se vió obligado á salir yá de su reserva. Efectivamente en la última entrevista le dijo Alejandro con una indiferencia afectada á todas luces. «Me piden la mano de mi hermana, yo no quiero disponer de élla sin explicarme antes con la corte de Francia, que al parecer la ha deseado. Mi madre veria este matrimonio con gusto, yo le hallaria muy honroso, más lo querria saber de fijo. Ya he dado negativas, (y añadió sonriendo y con un tono de humildad que le costaba poco) tambien las he recibido. Fernando VII pidióme la mano de mi hermana, pero ha retirado su peticion al saber que era griega.» Sonriendo á su vez Mr. de Talleyrand y sin mostrar mas embarazo que su interlocutor augusto, respondió: «La conducta de S. M. C. os debe revelar los apuros de S. M. cristianísima.» Luego dando sesgo de burla á tan grave asunto dió á entender al czar que sobre la cuestion de religion se manifestaba inflexible el piadosísimo Luis XVIII. No insistió Alejandro, ni al parecer dió importancia á un asunto que sin embargo no dejó de herirle hondamente, porque la corte de Rusia tenia mucho empeño en el matrimonio de la gran duquesa Ana con el duque de Berry. Singular destino era el de esta princesa de fracasar dos veces en

matrimonios, que la asociaran á las vicisitudes de nuestras revoluciones, para irse á sentar sobre el trono de los Países Bajos, donde tambien la habian de alcanzar de rechazo.

Esta fué la última cuestion de interés grave tratada por Mr. de Talleyrand en Viena, y la solucion adoptada, como todas aquellas á que tan calorosamente se habia asociado, pintaban al vivo su tiempo, su córte y hasta su persona.

Así el congreso habia dado remate á su inmensa tarea, y se iban á retirar los soberanos todos, dejando á sus ministros el cuidado accesorio de la redaccion del tratado, cuando de súbito y en los primeros dias de marzo estalló una nueva, que, á pesar de lo imprevista, no sorprendió á nadie; tanto se presentia secretamente. Por un despacho del cónsul austriaco en Génova se supo que Napoleon evadido de la isla de Elba, habia desembarcado en el golfo Juan. ¿A dónde iba? ¿Cuál era su objeto? Así se lo preguntaban unos á otros con espanto. Segun Mr. de Metternich iba á París; y con efecto era la suposicion más natural. Segun Mr. de Talleyrand, que aun trataba de forjarse ilusiones, Napoleon iba á Italia. Durante algunos dias se fluctuó entre estas dos conjeturas, que distaban mucho de ofrecer igual verosimilitud, y se apoderó de todos los ánimos una agitacion extraordinaria. El sentimiento general era el terror, y despues del terror la ira. Alejandro era blanco de un desencadenamiento inaudito, como autor del tratado de 4 de abril, que habia asignado á Napoleon la isla de Elba. A sí propio se acusaba con la mejor buena fé del mundo, y prometia reparar el yerro de su generosidad con sus gigantescos esfuerzos en con-

tra del fugitivo de aquella isla. Inmediatamente revocaron todos las órdenes de marcha, y convinieron en que no se habian de separar hasta el término de esta nueva crisis.

Por lo demás todas las resoluciones tomadas fueron mantenidas, y aunque su consagracion en la gran acta final de Viena se retardara algunos meses, no por esto se consideraron ménos definitivas; y su origen debe ser referido á los seis meses últimos de 1814 de que acabamos de trazar el cuadro. Desde esta época se puede mirar de consiguiente como terminado el congreso bajo el aspecto de la limitacion y de la constitucion de los estados, y esta es la hora de pronunciar un fallo sobre el establecimiento europeo que ha fundado y que ha sido uno de los mas duraderos que se hayan visto, pues salvas algunas modificaciones lleva ya vigente casi medio siglo.

Considerando al congreso de Viena bajo la doble relacion de la justicia y de la política vamos á emitir nuestro pensamiento, despojándonos de toda animosidad nacional, segun cumple á la historia, que no debe ser de ningun pais, de ningun siglo, para aproximarse lo más posible á la verdad eterna.

A oír á los hombres cuando padecen de resultas de un vicio ageno, á escuchar su indignacion generosa contra el tal vicio, contra los que se abandonan á sus abominaciones, se diria que jamas se abandonarán ellos propios. ¡Ah, lenguaje del dia antes que jamás ó por rareza determina la conducta del dia siguiente! Todas las potencias europeas habian padecido de resultas de la ambicion de Napoleon, y habian maldecido esta ambicion des-